



AYER Y HOY



N.º 46

Marzo-Abril 1955

NUESTRA PORTADA

La Virgen del Tiro (Catedral)

Dibujo por E. Castaños

Sumario

La Madre, por *Victorio Macho*.

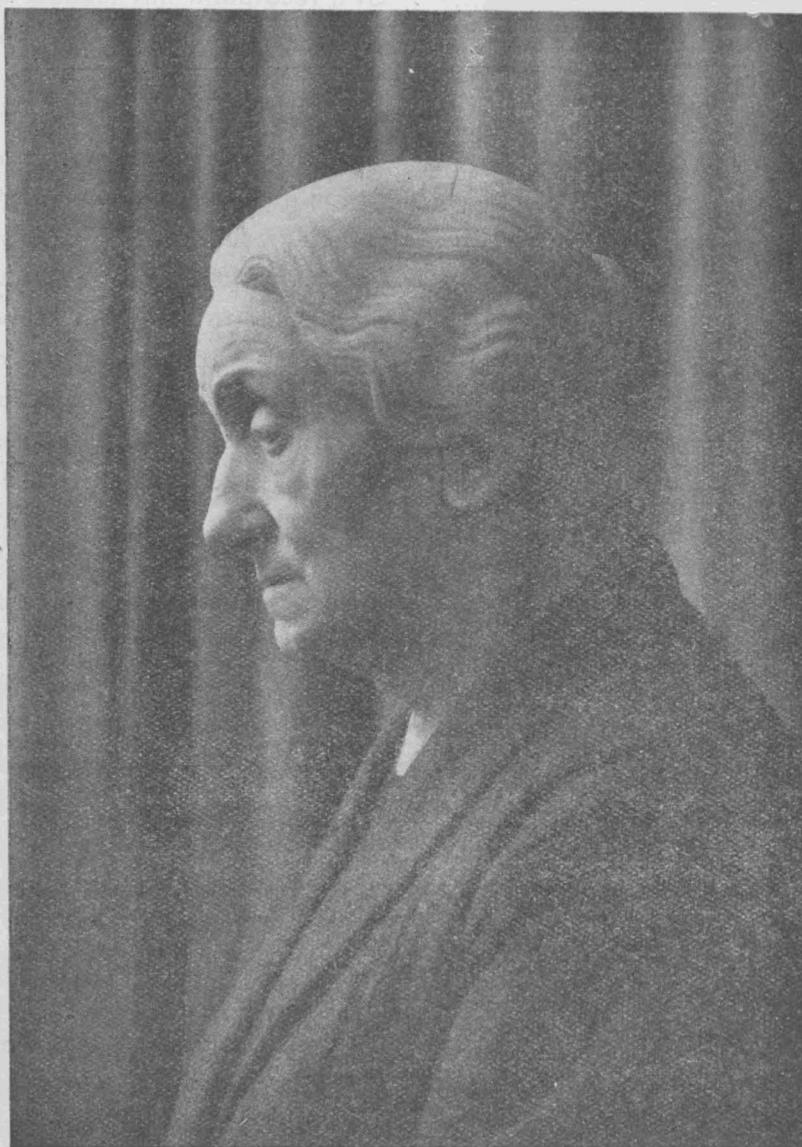
Sección poética (*Marina Romero, M. Ostos Gabella, Acacia Uceita, Pedro Bargueño, J. Alfredo Egea, Miguel Cortés*).

Ascetismo de San Juan de la Cruz, *Francisco S. Hierro*.

Ante la próxima Exposición de Pintura, por *Clemente Palencia*.

Consideraciones cinematográficas, por *Francisco Zarco*.

Notas sobre libros, por *Juan Antonio Villacañas*.



LA MADRE

Ahí está sentada, sencilla y hogareña, con su larga bata gris que recuerda un hábito... frente a Dios y ante el tiempo; con su noble cabeza castellana de cabellos blancos y una plegaria contenida en los labios marmóreos; con la mirada absorta en lejanías y recuerdos y las rugosas manos —que fueron bellas en su juventud— cruzadas, descansando para siempre de tanto coser, zurcir y remendar para los hijos.

Ahí está ya, sobreviviendo en la inmortalidad que solo alcanzan esas íntimas y profundas obras de arte que nacieron del amor filial, de la comunión de dos almas que son una sola; de la convergencia de dos seres de la misma carne. Conmover milagro que llega a producirse entre madre e hijo, porque si ella le concibió y le dió vida con sus entrañas, si le amamantó y acunó en su regazo para dormirle al son de dulces cantos, si por él soñó, sufrió y envejeció, él en cambio, por tanto venerarla logró infundirla una vida perdurable.

Y la madre quedó ahí, tan presente y viva que, ante su vera efigie fracasó la Parca de la muerte por más que se llevara en las garras insaciables los caducos despojos de carne y huesos fenecederos de los que solo quedó la ceniza. Ahí está en realidad la madre, que no en el nicho funerario transitorio del Cementerio de Lima, junto a los infelices restos de mi hermana, la pobre y resignada Josefina, pero de

El día 27 de Marzo recibió Don Victorio Macho, en su residencia toledana, al grupo de poetas que intervinieron en la Fiesta de la Poesía. A todos causó viva emoción la conversación del escultor eminente, que fué trazando la biografía de aquellas maravillosas obras que nacieron de sus manos.

La atención de los visitantes se detuvo ante la escultura de la madre del artista, cuya semblanza espiritual va relatada en este bellissimo artículo del genial escultor.



donde habrán de salir para retornar a su tierra de España y con ella fundirse y confundirse para después resucitar.

* * *

Horas sin tiempo ni fin eran las de aquellas mañanitas soleadas del Madrid bonachón, cuando mi madre bajaba al taller seguida de su graciosa perrilla; salía yo a recibirla a la puerta y me divertía escuchar sus decires y bromas con los vecinos que la saludaban cariñosos al verla pasar tan animosa, bien peinada y pulcra. Se sentía dichosa al darse cuenta de que habíamos emprendido algo trascendente e irremediable, sin duda porque estaba escrito en el Gran Libro del Destino; se

mostraba orgullosa de que su hijo y escultor fuera recogiendo toda la expresión y los rasgos de su ser físico y espiritual con la fidelidad de un artista primitivo para que quedaran plasmados en su efigie. Horas, quizá siglos o eternidades en que la madre, al posar de modelo en el silencio apacible y remansado del taller, al cabo de largas abstracciones en las que se quedaba inmóvil como su estatua, comenzaba con su dulce y honda voz inolvidable a recordar su infancia, a la que retornaba con tal ingenuidad y encanto en el ademán y en la mirada, que su anciana figura, modelada por la huella de tantos años, desvelos y sufrimientos, iba metamorfoseándose hasta parecer de niña, y, entonces —sin saber por

qué— la creía hija mía, y tal me ocurrió después hasta que la perdí materialmente.

Otras veces, haciéndome olvidar los negros presagios que amenazaban a mi Patria con una guerra civil, recordaba mis juegos, invenciones y travesuras de chico allá en la arcaica Palencia, donde me trajo a la vida. Aquellos clásicos villancicos castellanos que ante la admiración de los vecinos cantábamos a coro ella y sus cuatro hijos, acompañados por los concertados acordes de la guitarra que tañía mi padre frente a un Nacimiento que yo formé con figuras de barro coloreadas, donde —según decía— parecían moverse y caminar en aquel pequeño mundo de fantásticas montañas de cartones y trapos, con caminos y riachuelos, el palacio del cruel Herodes, chozas de pastores y la fulgurante estrella de papel de plata que guiaba a los Reyes Magos hacia el Portal de Belén, donde el Niño Dios, la Virgen y San José, aparecían iluminados por luces de velas ocultas y reflejadas por espejos que producían un resplandor que yo creí celestial, hasta que una noche las sopló el Diablo y prendieron fuego a las pajas del Divino establo, y allí, como en un nuevo apocalipsis, desaparecieron las montañas, ardió los ríos, los molinos y los puentes y hasta la harina con que imité la nieve. Y se calcinaron mis figurillas de barro, se quemaron palacios y majadas, músicos y danzantes; las zampoñas y rabeles dejaron de sonar en aquella virgiliana arcadia de bosquecillos y praderas, de pastores y rebaños, y ni a los suntuosos Reyes Magos y sus séquitos, portadores de fabulosos tesoros, logré salvar de tal hecatombe, producida —sin duda— por la venganza de la envidia satánica. Traía a la memoria y narraba con suma facilidad mi defensa de

los pájaros y cómo lograba enganarles y atraerles imitando su alegre cantar con hábiles silbidos. El cariño que siempre sentí por los perros; aquél «Morito» que me acompañaba hasta la puerta de la escuela y esperaba paciente mi salida para con sus saltos y alborotadores ladridos hacerme olvidar los pescozones que me propinaba el maestro por ignorar quiénes fueron Recesvinto, Chindasvinto y Sisebuto...

Y después de reirnos y divertirnos como dos criaturas al pronunciar los nombres de los reyes visigodos, se enternecía relatándome la anécdota —que en sus labios parecía fábula— de aquel corderillo blanco que me seguía y jugaba conmigo como un hermano y al que llevaba al campo para que pastara hierbecillas, refrescara su gracioso hociquillo en los regatos rumorosos y sesteara apacible junto a mí, bajo la sombra de las encinas, en tanto los grillos, las cigarras y los ruiseñores cantaban y yo soñaba como sueñan los niños... Pero, ¡ay del corderillo blanco!, para no perder la tradicional costumbre navideña arraigada en Castilla, le degolló un celtibérico matarife con facciones y corazón de verdugo, a quien intenté matar con una plancha que le lancé enloquecido cuando a primera hora de la mañana me despertaron, como de una angustiada pesadilla, los dulces balidos quejumbrosos de mi corderillo, al que ví desangrándose por la garganta y recogí en mis brazos, en los que agonizó y se quedó yerto... Nadie en mi casa intentó probar bocado de su carne; mis padres, conmovidos por las lágrimas de mi pena, regalaron aquel inocente y bello ser sacrificado a los vecinos, quienes al encontrarle tan tierno y sabroso se rieron de mí.

Una mañana, mientras yo trabajaba emocionado en las manos de

su efigie, deseoso de dar vida a todas las formas, pliegucillos y detalles que en ellas habían grabado el tiempo y el mucho laborar, mi madre revivió el místico recuerdo de aquella túnica nazarena de terciopelo morado que hizo para mí, adornándola con galoncillos dorados y un anagrama de Cristo bordado sobre el pecho; tenía yo siete años y era el mayor de los hijos; sin duda, tal idea se la inspiró su profundo sentimiento religioso y —acaso también— el que mi padre fuera hermano de la Cofradía de Jesús de Palencia. La Semana Santa constituía para la familia un motivo de intensa emoción; mi padre, después de una cena frugal, se vistió de nazareno con unción sacerdotal; su mujer y los hijos le contemplábamos respetuosos y admirados, y después le acompañamos a la Catedral para presenciar la dramática escena del prendimiento de Cristo. En aquellas horas de la noche, el grandioso ámbito de piedra formado por tres naves de inmensas bóvedas ojivales del más puro estilo gótico, se convertía en algo irreal, y las colosales columnas, alumbradas con la luz temblorosa de los cirios, ascendían como llamas votivas hacia el infinito. Los retablos y cuadros tenían más expresión y sentido religioso entonces; las alabastrinas estatuas yacentes, iluminadas por lámparas de aceite y la luz de la luna que descendía a través de los altos vitrales, parecían incorporarse de los sepulcros y orar, y todo aquello era como un maravilloso espectáculo para exaltar la precoz imaginación de un niño que había de ser artista.

Mi bueno y culto padre —bueno porque fué ejemplo de padre, culto porque tenía el vicio de leer—, que había sido carpintero en su mocedad, me hizo una bella cruz tallada y mi madre me vistió de pequeño penitente; me puso una corona de

graciosas florecillas de tela pintada sobre la cabeza y unas sandalias en los pies; yo me sentía feliz.

Fuí llevado por mi padre a la Cofradía de Jesús, de donde había de partir la procesión; los «hermanos» me rodearon, contemplándome con los ojos fijos a través de los agujeros de las altas capuchas, que les daban alargamiento y lividez de fantasmas, y al notar que me amedrentaban, levantaban las caperuzas para dejarme ver sus rostros campechanos; entonces les reconocí y me tranquilicé: eran amigos de mi padre.

Me pusieron delante de un Paso procesional de Cristo con la Cruz camino del Calvario, le ayudaba el humanísimo Cirineo y formaba un grupo digno de la imaginería castellana, de la que fué el supremo creador el gran paredaño Alonso Berruguete. Un sayón lanzó tres estridente y quejumbrosas notas con una larga trompeta de metal cuyo sonido imponía; cargué sobre mis hombros la pequeña cruz y recorrí con ella las plazas y calles de aquella arcaica ciudad, que entonces me parecía Jerusalem, seguido de penitentes, con los rostros tapados, que se flagelaban con cuerdas nudosas, que maceraban y desgarraban sus carnes desnudas haciéndoles gemir, al tiempo que rezaban oraciones; otros, cubiertos con largas hopas negras, arrastraban enormes cruces, formadas de troncos de árbol, cuyo peso les hacía sangrar los hombros y los pies descalzos, que parecían descoyuntarse al posarse sobre los guijarros del camino; llevaban coronas de espinas, que se les clavaban en la frente y los párpados, dejándoles enceguecidos y vacilantes; algunos caían desvanecidos.

Formando largas filas, venían los encapuchados, cofrades de Jesús y del Santo Entierro, con hachones encendidos en la mano; mi padre

caminaba cerca de mí, y para darme las fuerzas que iban faltándome al presenciar tan espantable escena, levantaba la capucha para mostrarme su rostro varonil con la barba rubia de mozárabe y aquellos nobles ojos que jamás mintieron. Las mujeres me miraban enternecidas y me sonreían dulcemente al verme tan niño y sin pecado y hasta alguna me llamó: «galancillo, Jesús mío»... era mi bella madre; se parecía a la Verónica. Allí terminó aquella inocente ofrenda devota, porque al sentirme tan macilento y desfigurado, se abrazó a mí, traspasada de angustia, colmándome de besos y caricias, bañándome el rostro reseco y polvoriento con sus lágrimas incontenibles... Y, al recordarlo, al cabo de tantos años transcurridos, elevó la mirada al

cielo y la sentí rezar muy quedo...

Y así, en un conmovedor ambiente de remotas evocaciones, a las que ella retornaba feliz o entristecida, como si las viviera de nuevo, y que tanto tenía para mí de poético y casi religioso, fué surgiendo a una nueva vida perdurable su dulce y humanísima estatua; en purísima recreación de la santa intimidad entre madre e hijo; conformándose con gozosa lentitud, olvidados del tiempo, ya que prolongábamos las sesiones para estar más juntos y sentirnos más. Y juntos para siempre quedamos los dos en aquellas piedras y mármoles extraídos de las entrañas de la naturaleza y, que por gracia del amor, cobraron vida y hasta parecen hablarme ahora como me hablaba mi madre; por eso, todas las mañanas, cuando

llego al taller, contemplo su efigie y la acaricio con mis manos, transmitiéndola el calor de mi corazón, a la vez que recibo de ella un mensaje de aliento para seguir en mi arte.

Inseparables fuimos ya hasta el final de su vida material, que fué extinguiéndose como una lucecilla para que solo la quedara el alma. Inolvidable trance en el que recogí con mi boca y entre mis brazos aquel espíritu, que desde entonces goza del Reino de Dios y desde él me inspira... Pero entretanto que mi ser aliente, vaya donde vaya y por más que sufra o sea feliz, siempre su efigie estará conmigo, y confío que, después, será conservada con respeto por los demás, ya que ella, tan mía, es también el símbolo de la madre de todos.

VICTORIO MACHO

La Fiesta de la Poesía en Toledo

El día 27 de Marzo se celebró en el Salón Alto del Excmo. Ayuntamiento de Toledo la Fiesta de la Poesía, constituyendo una brillante sesión, por la calidad de poetas que de Madrid vinieron a reunirse con nosotros.

El Cronista Oficial de Toledo, Profesor D. Clemente Palencia, hizo una amena e interesante introducción al acto, evocando las figuras de San Juan de la Cruz y de Garcilaso de la Vega, terminando con la presentación de cada uno de los poetas que habían de intervenir.

Tomaron parte en el acto Antonio Víctor, Luis Serrano Vivar, Luis López Anglada, Gonzalo Payo, Acacia Uceta, Jesús Acacio, Luis Cornide, Enrique Domínguez, Joaquín León, Eduarda Moro, Ramón de Garciasol, J. A. Villacañas, Leopoldo de Luis, Clemente Palencia y José García Nieto. Terminada la sesión, se depositó un ramo de flores ante la tumba de Garcilaso, visitándose después la Casa Solariega del poeta toledano, ante la que leyó una bonita poesía J. A. Villacañas.

A las cinco de la tarde nos recibió en su estudio el eminente escultor D. Victorio Macho, que escuchó muy complacido la declamación de «Sueño de pureza», de Acacia Uceta, y de «La Madre», de Ramón de Garciasol.

El ilustre artista, relató interesantes comentarios sobre las figuras de Unamuno, Valle Inclán, Ramón y Cajal, etc., sosteniendo una animada y cordialísima charla con los poetas. La esposa del artista leyó ante la estatua de LA MADRE las cuartillas que, por gentileza de Victorio Macho para AYER Y HOY, pueden admirar en este número los lectores.

La visita al cigarral de los Sres. de Lillo y la vuelta alrededor de la ciudad, fué muy elogiada por nuestros amables amigos de Madrid, entre los que vino la ilustre poetisa y exquisita dama belga María Josefa Ide.

Radio Nacional de España, en la emisión «Café de Platerías», dió una referencia, que muy de corazón agradecemos a Julio Trenas, así como a otras emisoras y diarios de España que nos dedicaron elogiosos comentarios.

Conferencia en el Instituto Nacional de Previsión

Ante un nutrido y selecto público, que llenaba el amplio salón destinado por esta Entidad a actos, dió su anunciada conferencia nuestro colaborador D. Alfredo Souto Feijóo; ésta tuvo lugar el pasado día 23 de Abril, y el tema versó sobre «EL ESPIONAJE, VISTO A TRAVÉS DE LA LITERATURA Y EL ESPECTÁCULO».

Con gran amenidad narrativa y facilidad de palabra, el conferenciante hizo una exposición de los asuntos que han sido llevados al libro y a la pantalla, glossando algunas de las principales producciones e indicando cómo al público se le presentan más bien las peripecias espectaculares de los protagonistas que el objeto del espionaje en sí y las extraordinarias cualidades que deben poseer los espías para llevar a cabo su cometido.

Otra parte de su disertación la dedicó a citar casos de «sosas» de grandes figuras de la Historia, quienes consiguieron engañar a los espías, ya que éstos tomaron por verdaderos a los falsos personajes, mientras aquéllos se dedicaban a sus ocupaciones de alto interés estatal o a planear operaciones decisivas en las grandes contiendas.

Por último, el conferenciante relató incidencias de espionaje en las conflagraciones mundiales, de entre las cuales sobresalió la vida aventurera de Mata-Hari, la mujer que quedó como ejemplo de espía perfecta, ya que «materialmente» jamás se le pudieron concretar sus actividades ni probarlas, aunque en el ánimo

Noticias de nuestros Asociados

- * Fueron proclamados Diputados, logrando la mayoría de votos, D. Julio San Román Moreno y D. Luis Moreno Nieto.
- * Se han ausentado de Toledo D. José Pastor Gómez, hoy Inspector Nacional de Enseñanza Media, y D. Fernando Allué Morer, con destino los dos en Madrid.
- * Se concedió el Primer Premio de Carteles del Corpus a Pedro Aguado Quinzanos; el Segundo Premio a Vicente Quismondo Briones, que también obtuvo el Tercer Premio de Concurso de Bocetos para los gigantones.
- * En el Concurso de trabajos periodísticos convocados por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, resultó premiado D. José Manuel Miner Otamendi.
- * La revista poética ALNE, de Madrid, publicó en su último número un soneto de Julián Lanchas dedicado a J. A. Villacañas.

de sus juzgadores pesaba el convencimiento de su labor a favor de los entonces imperios centrales, contra los que Francia tomó una especie de venganza por sus derrotas, fusilando a la mundialmente famosa bailarina (que, entre paréntesis, no sabía bailar).

Al terminar su disertación, el Sr. Souto fué calorosamente aplaudido y felicitado por cuantos asistieron al acto.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

«Un Ramo de Sueños», de JUAN BERBEL.—Con una gentil dedicatoria, el autor nos hace llegar este libro de poemas, presentado con un prólogo de Concha Espina, que ella misma titula «Comentario Amistoso», llevada por esa gran amabilidad, por ese cariño que la ilustre escritora sentía por todos nosotros.

El libro es un breve e interesante conjunto en el que el poeta ha dejado correr libremente la fuente de su inspiración, consiguiendo versos de un bello contenido lírico mágicamente equilibrado con pensamientos e ideas sencillas, felizmente organizadas:

«¡Oh, hermosura fugitiva
de cada momento...
....que en el río de las horas
hacia el mar definitivamente
se pierde!.....»

Y así siente Juan Berbel en su poema «Camino» todo lo lejano y desconocido, lleno de honda reflexión, remontándose en su «vuelo» de soledad:

«Hacia qué sueño —infeliz—
me lleva este delirio
de alas y de astros?.....»

Evidentemente, entre la enorme cantidad de poesía de todos los órdenes y valores que hoy se escribe en el mundo, podemos celebrar que de vez en vez surja uno sólo, pero un buen verso, en un roncito que no habíamos sospechado. No es preciso ya que todo el poema, que todo el libro, sea bueno. Contentémonos con que la luz de nuestra mejor voluntad ilumine toda nuestra obra, porque siempre es sincera y la sinceridad resplandece por encima de todos los prejuicios, y, sobre todo, por encima del equívoco halago.

J. A. V.

Mario Angel Marrodán

Poesía Femenina

MARINA ROMERO

Nacida en Madrid y pronto llegada a los Estados Unidos, donde en la actualidad reside y enseña Literatura española. Ha publicado los libros siguientes: «Poemas A» (Madrid, 1935), «Nostalgia de mañana» (Méjico, 1943) y ahora «Presencia del recuerdo» (Madrid, 1952).

Casi olvidada, o desconocida, por su estancia extranjera, poéticamente se consolida con una armonía cerebral y sustancial, que recobra ámbitos de finas transparencias y delicados matices. Ha ido elaborando su conciencia creadora, desde aquellas ardientes y cándidas canciones, por fin superada en posteriores acentos. Así, llega a patentizarse en su último libro, dedicado a la memoria de Pedro Salinas, de quien hereda, con perspectiva personal, su patética gravedad y sobriedad descriptiva, su formal simplicidad escueta y esencial.

Posible plenitud

Se puede ser feliz
con un dolor,
sí,
cuando se bebe el aire
y no importa
la arruga de un traje.
Se puede ser feliz
con una ausencia,
sí,
cuando se da la flor
a las manos impuras
en toda su ternura
de inocente primicia.
Se puede ser feliz
con una soledad,
sí,
cuando el recuerdo es sólo
frescor de arroyo,
vuelo de pluma leve,
verdor de hierba joven,
o luz de sol que nace.
Se puede ser feliz
más allá de uno mismo,
en un contorno íntimo
de las cosas eternas.

MARINA ROMERO

Consonantes

*Me duele ser un bulto estremecido,
—pasión y sensación—.
Me duele ser la luz y estar dormido
con alas de ambición.
¡Me duele hasta el dolor que no he sufrido!
Pero, ¿por qué me duele y qué me duele?
Es terrible, Señor, tener sentido
y ser un hombre más y un hombre menos,
saberse un solo grano que se muele
habiendo en la intención graneros llenos.
Es terrible también podirse luego
sintiéndose tan verde
y saber que la vida —nieve o fuego—
al ganarla se pierde.
Terrible, sí, terrible,
cuando este cuerpo en llama se me apaga
con el soplo del tiempo irresistible
que me ríe y me amaga.*

M. OSTOS GABELLA

A mi hijo

Troncharía todas las flores del mundo
si, sólo con ellas, pudiera alfombrar
el viejo camino manchado de lodo
sobre el que mi hijo tendrá que pisar.

Es pura su **plata**, como la azucena, *planta*
y sus ojos nuevos buscan la verdad.
Hijo... ¡Quién pudiera robar las estrellas
porque no tuvieras nunca oscuridad!

¡Qué dolor —y qué gozo— es este mío,
imposible de ahogar y contener,
de saber que te tengo y que te pierdo
en tu constante y rápido crecer!

¿Hacia dónde camina tu corriente
que no puedo apresar con mi querer
yo, que te condené a muerte segura
dándote el privilegio de nacer;
yo, que al darte la luz, te he dado el llanto;
que, con la risa, te ofrecí el dolor;
que, al brindarte la carne y la materia,
te hice débil y humano pecador?

¿De qué sirven mi fuerza y mi experiencia,
de qué mi inteligencia y mi saber,
si no puedo allanarte los abismos
que tendrás en tu vida que vencer?

¡Deuda que nunca pagará mi vida
a la tuya surgida de mi amor!

Hijo... ¡Sólo mi paz conseguiría
viendo que te he creado para Dios!

Sueño de pureza

¡Quién tuviera la limpia pureza de la estatua
ese centro de piedra que nada profanó;
el labio terso y firme sin la mancha de un beso,
sin un rictus que marque la risa ni el dolor!
¡Quién tuviera la frente desprovista de ideas;
el cráneo que no encierre memoria ni razón,
las manos sin caricias, sin tacto, ni deseos,
abiertas en el aire igual que una canción!

El cuerpo sin accesos a la posible entrega,
ajeno, indiferente a todo lo exterior;
que supere el contorno perfecciones de carne
y ser de mármol fino bajo el fuego del sol.

No ser fruto doliente del pecado fecundo,
no llevar de los muertos sangre en el interior,
no ser sacrificada por vidas sucesivas,
no recibir ni darse, ser sólo siempre yo.

Sin el cimientito débil de la infancia pasada,
sin la vejez ruínosa que es certeza y temor;
nacer perfecta y pura bajo el cincel del genio
que atónito se inclina ante su creación.

...Y al cabo de los años cuando el azar lo quiera,
romperse en mil pedazos sin ansia ni dolor;
y seguir siendo piedra a través de los siglos,
¡piedra tan limpia y nueva como cuando nació!

ACACIA UCETA

DOS SONETOS FIESTAS DEL PUEBLO

I

Digo que soy plural y que eres una

Emma, qué puntería la del trigo;
el balletero campo te lo diga
que, como acierta en el azul la espiga,
no acertará la voz con que lo digo.

Mira que todo el grano que consigo
lo estoy clavando en donde se bendiga
y si la flecha es, de la nube, amiga,
mi corazón es, de la nube, amigo.

Herida para siempre lloras, riegas,
sangras y creces contra tí el verdugo
de la extendida aljaba en que me entrego.

Muchas son las raíces que madrugo
y, siempre hay más sístoles que siegas,
el cielo un solo pecho tiene, Juego.

II

Soneto al pie de tu sueño

Has cerrado los ojos. Has huído.
Duermes. Te has descalzado en algún cielo,
y cuanto más me empino sobre el suelo
más tira de mis alas el vestido.

O acaso será un túnel. Has caído
quizás para ensayar en negro el vuelo
y volver, cuesta arriba, hasta el desvelo
blanco donde nos hemos despedido.

Atada estás de oídos y de pasos;
atado estoy de manos y de boca;
sin pasaporte el manco, el mudo empeño.

A la luz de los párpados escasos
velo, mientras furiosamente loca-
mente, beso en la puerta de tu sueño.

PEDRO BARGUEÑO

Me duele que en las fiestas del pueblo pongan
que estorban a la Luna, [focos
y esas constelaciones de estrellas imperfectas
verdes y coloradas.

La Luna y las estrellas se ríen con risa irónica
de los pobres microbios...

El señorito loco
se pasea en su caballo
con aire presuntuoso de comprador de besos.

La plaza está repleta
de ritmos desmayados
que se estrellan y mueren
sobre la cal de estreno
de la faz de la iglesia.

La fuente está asustada
y llora melancólica
porque le va mejor con su corro de niños...

Huele a percales nuevos
y alcanfor prisionero.

Y se vende de todo...
¡Y me duele en el alma
que se vendan las rosas...!

JULIO ALFREDO EGEA

— o o o —

O T O Ñ O

El parque estaba solitario.

Los árboles se agitaban

al impulso del viento huracanado,

y las hojas amarillentas bamboleantes

decían su postrer

adiós a la madre.

MIGUEL CORTÉS

Ascetismo estético de San Juan de la Cruz

Por FRANCISCO S. HIERRO

(CARMELITA)

Estamos ante un Santo que ha subido a Dios por la belleza. La belleza le ha sorprendido con el supremo regalo del Amor.

Es cierto que sentimos una fuerte sacudida de horror cuando golpea en nuestros oídos el inarmónico grito de alerta contra la tentación de la tersa belleza de las criaturas, que lanza San Juan de la Cruz al principio de sus ascensiones. Pero nuestro horror, nuestro estremecimiento, ha sido instintivo. Si nuestras sensaciones nos hubieran permitido la reflexión, hubiéramos visto que San Juan de la Cruz ha cogido en una mano la belleza de las criaturas y en la otra la suprema, divina belleza de Dios. Las ha puesto frente a frente y las ha comparado a una luz desigual, hiperbólica. Ha enfocado el torrente de luz de Dios hacia las criaturas que han quedado yertas con palidez de luna. Son gotas de luz desprendidas de la divina hoguera. Es que Fr. Juan el medio, Fr. el senequita, el santico, todo el vocabulario de diminutivos que tenía la M. Teresa para expresar grandezas, Fr. Juan está aplicando inexorable la técnica de sus nadas, para trascender y encontrar la suprema Belleza.

«El arte en sí mismo no era nada, no significaba nada para él. El busca con ansia algo más». El busca plenitud y las cosas no la pueden dar. Exige, fustiga, fatiga sus enormes facultades estéticas para que investiguen bellezas, para que encuentren belleza, para que den belleza, y cuando caen extenuadas, inertes, con la desilusión de haber hallado algo, pero poco, muy poco para su ansia, el Santo niega este poco, esta nada, para palpar en la oscuridad con su deseo y esperar a que se le entregue el todo. Pronto su ansia insaciable comienza a recibir belleza, belleza entrañable de las cosas, la belleza luminosa, gozosa de Dios. Entonces todas las criaturas son graciosas. Es una hermosura abrasada, penetrante, que no perciben los sentidos, que se esconde en la intimidad del ser; que las cosas participan de Dios, que las miró, como dice el Santo, con la figura de su Hijo.

Es el momento en que el artífice comienza a plasmar su mundo en formas externas comunicables. Pero

antes de seguir tenemos que ver algunos paisajes de la vida de Fr. Juan. Lo son también de su alma.

Serán dos, tenebrosos de ascetismo bronco, y otros dos de maravillosa placidez contemplativa, para que la fragilidad del equilibrio psíquico no se quiebre.

Panorama austero de Salamanca. Tierras grises onduladas de surcos. Fr. Juan camina comunicando a la tierra helada el calor sangrante de sus pies. Viene de las predicaciones dominicales de los pueblos vecinos y se dirige hacia la ermitilla que sirve de convento.

Es un paisaje que graba en su alma el fuego de sus primeros fervores de descalzo. Nunca olvidará sus sensaciones.

Cárcel estrecha, oscura. Sólo una saetera, avara de luz y horizonte, regala al cautivo con la enojosa ladera izquierda del Tajo. El cautivo canta acompañado del rumor del río.

Que bien se yo la fonte que mana y corre aunque es de noche.

Ahora Fr. Juan, tranquilo, sosegado, extático ante una fuente, espera que «sus semblantes plateados formen de repente los ojos deseados que tiene en sus entrañas dibujados».

Finalmente, Fr. Juan en Segovia, en actitud de vidente, mira la noche profunda, sosegada, penetrándose de la música callada en la soledad sonora.

Son cuatro paisajes, cuatro actitudes de Fr. Juan de la Cruz. Al transflorar su mundo interno en su enorme poesía nos hará percibir toda la cruel maceración de su cuerpo y la prisa de su alma hacia la suprema belleza. Su mensaje de hermosura transcendida se enrosca al cuerpo virginal del poeta, y el poeta le comunica sus sensibilidades, sus más fuertes impresiones, sus respuestas sustantivas al paisaje.

Si comparamos a Garcilaso con San Juan de la Cruz o con Fr. Luis, otro fraile de cuerpo castigado y cenecño, encontraremos una gran diferencia. Garcilaso es el mensaje renacentista ordenado olímpico, sin tesis comprometedoras. Su sensibilidad se circunscribe al lugar ameno, no turbado ni siquiera por un rostro osco. Sólo el juego de los amorosos desvíos agita su

alma, pero con suavidad, sin perder el equilibrio.

El alma de Fr. Juan o Fr. Luis sienten, sin embargo, sacudidas telúricas. No gesticulan, es verdad, pero emiten gemidos profundos que vibran diafanidad de amor en Fr. Juan, o desolación, angustia en Fr. Luis. El poeta de Toledo halaga a los sentidos con la invasora sensualidad de su poesía. Fr. Juan es una continua, abrasada invasión que no se dirige al sentido. Avanza directamente al alma. La brisa oreada de su lira nunca llega al cuerpo para deleitarle, más bien le macera para la percepción intuitiva, directa, del espíritu al rojo. Su encanto es de cirnos cosas desnudas. No siempre nos las dice, pero es su tónica. Descorre velos y nos descubre el alma. Sólo nos muestra estados, actitudes, gestos del alma. Apenas nos los adjetiva. Quiere entregarlos enteros, intactos, impolutos, y lo logra.

Un ejemplo tenemos en el pastorcico. Podíamos presentar un número abrumador, pero es bastante. Son veinte versos, dulces, suaves, llenos de melancolía, de tierna veladura en la voz.

No en ellos más de tres o cuatro adjetivos, propiamente tales. Con esta técnica logra una condensación, una velocidad en su ascensión admirable. Llega pronto a regiones donde, como dice Kelly, «la música ocupa el lugar del raciocinio, donde los vocablos son símbolos de pensamientos inexplicables, de inefables arrobos».

Su alma gemirá herida, pero él no se detiene a describir su gemido; nos da su sonoridad, su longitud fricada en un verso impecable.

No se detiene tampoco ante el dogmático balbuceo de las criaturas; lo imita y nos deja una escultura perfecta. Sólo logra detenerle la fuente sosegada, porque espera

forme de repente los ojos deseados, que tiene en sus entrañas dibujados.

En seguida, arrepenido y aguijoneado por su fracaso, emprende su caminar rápido, veloz, ascético y... no temáis mientras dure el camino:

*ni cogerá las flores,
ni temerá las fieras
y pasará los fuertes y fronteras.*

Todo, todo lo trasciende en carrera estelar, jadeante, anhelante de conseguir la cima.

Ha empezado su camino en las frescas mañanas y ha seguido en las noches oscuras y ha plantado su cruz, su poesía, su abrasada y enorme poesía, en la cumbre.

Ante la próxima Exposición de Pintura

Desde que se fundó «Estilo», venimos celebrando dos Exposiciones anuales de Pintura; ellas nos van



dando a conocer el temperamento y facultades creadoras de nuestros jóvenes artistas.

Es, por otra parte, lamentable que no se presenten a todas las maestras consagradas, en los que siempre hay que admirar y que aprender. Por su destacada personalidad y sus notables disposiciones para la pintura, presentamos hoy en estas páginas a Manuel Romero Carrión, que día a día mejora en el manejo de los pinceles.

Uno de sus más admirados cuadros fué este paisaje toledano, presentado en la última Exposición de Otoño, difícil porque en él se juntan arquitectura, lejanía, cielo, fondo complicado y agua; creemos que

este cuadro es modelo de equilibrio, de sobriedad y de gracia.

Tal vez sea este motivo, con la Plaza de Santo Domingo el Real y la carpintería de Santa Isabel, lo que más han tratado los pintores a lo largo de una tradición romántica; a Galdós —escritor y pintor— le encantaba este poema del puente y del río.

Conservamos un apunte similar de mediados del siglo pasado en la galería del Ayuntamiento, con menos fondo, ya que el autor quería destacar los restos que quedaban del artificio de Juanelo, y comprendemos sea piedra de toque y crisol para depurar los temperamentos esta conjunción de elementos puestos al servicio de la pintura.

Hemos dicho en público y ahora lo repetimos, que comprende mejor nuestra ciudad el pintor que el poeta. Los Pintores —El Greco, Arredondo, Matías Moreno—, quedarán siempre pegados a Toledo; en nuestros días, Enrique Vera, con sus paisajes toledanos, tan expresivos

por el color, tan magníficos por el dibujo.

Cuando he recorrido la ciudad con ilustres escritores y hemos contemplado desde el mirador de la Virgen del Valle su complicada silueta, es curioso que el único comentario no ha sido precisamente el de la «peñascosa pesadumbre» de Cervantes, que es el más inmediato, dada la preparación literaria de estos visitantes, sino el de sensación pictórica. Alfonso Junco se arrodilló ante este paisaje sobrenatural de Toledo, como si se encontrase ante un Tabor, lleno de resplandores.

Quiero brindar a todos nuestros artistas estas posibilidades que Toledo ofrece a sus pintores, a sus enamorados. Que sus pinceles interpreten ese contenido espiritual de nuestras piedras, venerables como las hojas de un devocionario, sobre el que han orado con fervor y con adoración muchas generaciones.

CLEMENTE PALENCIA



A Galdós —pintor y escritor— le encantaba este poema del puente y el río.

(Oleo de M. Romero).

Se encuentra entre nosotros la ilustre pintora francesa Mme. Paule Marie, que ha expuesto preciosos cuadros al pastel de personajes de Argelia en el Museo Romántico de Madrid.

Sus obras, sinceras y sensibles, nos revelan una perfección máxima, llenándonos de satisfacción sus éxitos, por estar ya tan vinculada a «Estilo» y a Toledo.



CONSIDERACIONES CINEMATOGRAFICAS

¿Una posibilidad?-Nuevas técnicas.-El doblaje.-Polifacetismo.-Los grandes cómicos y los grandes papeles.

Todas las posibilidades hay que aprovecharlas, O. W. es una posibilidad.

Esta posibilidad le dan de hecho la popularidad hábilmente llevada por la publicidad. No importa, porque sin publicidad hubiese sido lo mismo. (En esto se diferencia el artista, del que no lo es).

Hoy en día cuesta mucho separar, para hacer un estudio, lo que hay de genialidad, de locura, de extravagancia, de publicidad y sensacionalismo en un intérprete. De todas formas es posible. El truco se descubre pronto. Sólo queda lo que es legítimo. Y en O. W. hay facetas de auténtico valor.

Es ante todo un gran actor porque termina sugestionándose él mismo del papel que representa, y con esta sugestión arrastra a la comparsa.

Orson Wellès es el teatro en el teatro. Es el personaje que en el gran teatro del mundo (idea Calderón en «La vida es sueño»), representa el papel de actor. Teatraliza su propia vida de la que se hace director, e incluso busca autor (idea Pirandello), para así representar mejor.

Todo se agota, y las velocidades iniciales van disminuyendo. El gran monstruo cinematográfico, más que ningún otro, traga, quema y desgasta en poco tiempo cualquier descubrimiento o posibilidad.

Se dan pocos descubrimientos, escasas posibilidades. ¿Cómo mantener entonces la atención de los públicos? Buenas películas, sería la contestación ideal, pero las buenas películas son más escasas aún que los descubrimientos.

Se recurre a los sensacionalismos, al escándalo, a las técnicas nuevas.

Técnicamente al sonido, color, relieve, «cinemascope», esterofóni-

cos y pantallas gigantes. Artísticamente al descubrimiento constante de nuevos rostros y sugestivos contornos. A estilos como el neorrealismo, tremendismo y cine «experimental».

Orson Welles por su personalidad llamó la atención sobre sí mismo y sobre el cine. Las películas de Orson Welles, «Otelo», «Macbeth» y «Cagliostro» no interesan ya argumentalmente en sí, sino más bien, porque son el «Otelo de Orson», el «Macbeth de Orson»..., etc.

Interesan sus personalísimas interpretaciones en las que va siempre un poco del Orson íntimo y subconsciente.

Es difícil, viéndole interpretar Macbeth, por ejemplo, delimitar los términos y decir hasta dónde llegan los sentimientos del hombre y del actor.

Y es difícil delimitar por qué O. W. es el teatro en el teatro.

Es también un poco la grandilocuencia clásica de la tragedia.

Esta grandilocuencia es peligrosísima en los actores que la emplean porque están más que ningún otro a un paso del ridículo, aunque al decir verdad no le temen y a veces hasta desean provocar el escándalo.

¿Se puede hablar de la historia del cine sin recordar y citar a Orson Welles? Creemos que no. Ello ya demuestra la potencia de una personalidad creadora. Veamos para recordar tres o cuatro destellos de su manera de hacer.

El inolvidable prólogo a «Otelo». Las primeras secuencias del film.

Nubes, árboles, un cortejo monacal y todo ello fotografiado a contraluz en blanco y negro. Un negro y un blanco de aristas limpias y cortantes.

El canto gregoriano, unas suaves y ondulantes laderas, unas manos

y unos rostros captados en primeros planos, y el fondo musical. Un fondo musical en la que interviene únicamente el arpa, chello, cítara y timbal.

Resumen: una lección de arte cinematográfico tan digno como una estatua de Rodín. Digo esto para aquéllos que catalogan al cine como arte menor.

La obra de Welles es muy desigual, pero nunca carente de ambición. Nunca es vulgar ni mediocre. Es obra de polémica y casi nunca al servicio y a los halagos de las taquillas. Es una obra por tanto ajena en bastantes puntos al cine americano.

Orson vino a Europa precisamente por esto. América no llenaba sus posibilidades artísticas. Orson necesitó de Europa.

En Europa Orson habló e hizo algunas cosas. ¿Quién le ha oído hablar directamente en sus interpretaciones? Muy pocos aficionados.

El doblaje de ciertas cintas resta facultades a los verdaderos artistas.

El abismo que separa a un Orson diciendo su propio Otelo, al actor que dobla a Orson es tan grande como oír recitar a Berta Singerman y después a la más sencillas de nuestras cocineras.

No lo digo en desmérito del doblaje español, una de las técnicas más perfectas de nuestra patria y quizá el mejor doblaje del mundo. Lo digo, porque aún siendo perfecto, es imposible hacer ciertos doblajes.

No se puede doblar la voz de Lawrence Olivier, ni de Jenifer Jones, ni de Charles Boyer, ni de Ingrid Berman.

Soy favorable al doblaje de las películas, a continuación de que las verdaderamente consideradas como obras maestras sean exhibi-

das, aunque sea para círculos reducidos, en su versión original. En Francia, en Inglaterra e Italia se emplea esta modalidad, y en España sólo lo hemos visto hacer con muy pocas películas. Una de ellas, «Julio César», según la obra sespíriana dirigida por Mankiewicz, cambia de tal forma, que parecen dos películas distintas, la doblada y la versión original. En esta, la voz declamatoria de Greer Garson, es casi un susurro, mientras en la doblada el timbre, con ser bueno, nos suena a chirriante después de haber oído la voz original de la actriz americana. Lo mismo cabría decir de Marlon Brando, James Mason y John Gielgud.

En España, los doblajes se realizan afortunadamente con una corrección casi absoluta, pero...

De una época a esta parte, ha aparecido un truco por el cual estamos viendo y oyendo películas terriblemente tergiversadas en su línea argumental. El motivo es, que sin ese doblaje, «esas películas no podrían ser exhibidas con el consiguiente perjuicio para las casas productoras y las buenas relaciones e intereses de otra índole. El teatro y el cine francés, siempre fué suavizado en sus expresiones cuando llegó la hora de los doblajes y traducciones, pero nunca llegamos a pensar que un argumento como el de «Mogambo» fuera totalmente cambiado como ha ocurrido con esta mediana película. Lo mismo podríamos decir de «Aquí a la eternidad», «Corazón salvaje» y «El ídolo de barro».

Cabría preguntar: ¿hasta qué punto es tolerable el provocar esta desorientación en los públicos? Si no se pueden proyectar en su forma primitiva, es mejor no verlas en tan lamentable estado. El público tiene antecedentes buenos de una cinta, y después cuando llega a verla no entiende aquel galimatías que se le presenta con detrimento de la cinta, de los críticos que la juzgaron y del

cine en general. Pierden la fe y se siembra la duda.

Volviendo a Welles y al doblaje, cabe destacar aquí otro de los errores de este método: los gazapos intencionados o no.

Mientras el «Hamlet» de Lauren Oliver y el «Julio César» de Mankiewicz, fueron dignamente dobladas, el «Otel» de Orson Welles sufrió uno de los errores más lamentables de la historia del doblaje. En uno de los pasajes más dramáticos de la obra sespíriana (casi todas las obras del cisne de Stanford han sido llevadas al cine: «Romeo y Julieta», «Enrique V», «Hamlet», «Macbeth» y «Otel», por ejemplo, y por citar algunas) se deslizó textualmente la frase «unas medias de nylon» que produjeron y producen a los más varios sectores la más incontenible de las carcajadas. Pero sigámonos adelante.

Orson Welles en «Macbeth» crea ambiente. En «Cagliostro», personaje.

«Citezen Kane» o «CK» (otra cinta de Welles no proyectada en España), es ante todo técnica. De allí salieron secuencias repetidas posteriormente con igual o menor fortuna; pero surgieron, por ejemplo, el «suspense» macabro del «Sospechoso», de Robert Siodmak.

En «El tercer hombre», Welles era eso principalmente. El triunfo arrollador de la personalidad de un actor dirigido y ambientado magistralmente por Carol Reed y Anton Karas. Dos de las secuencias maestras del cine universal están interpretadas por Welles en este film.

Primera: aquella inolvidable noria del Prater. Segunda: la aparición del vendedor de globos, y seguidamente aquel gato negro y maullante a los pies del «misterioso» tercer hombre. La película tiene otras muchas secuencias de la mejor calidad, pero éstas, por ser «secuencias Welles», merecen ser destacadas.

En «El cuarto mandamiento» nos

da ejemplo de lo que se puede hacer con un tema y unas circunstancias trasnochadas.

En «La langosta que no piensa», pieza teatral original de él y estrenada en Europa, da un latigazo a Hoollywood, y prueba la calidad de sus múltiples facetas.

La invasión marciana quedará como muestra de realismo radiofónico en los anales de la radiodifusión norteamericana...

Cabe pensar después de este breve repaso si Welles ha sido para el cine una posibilidad, y si ésta fué realizada. Creemos que sí y por eso decía que al hablar de la historia del cine, había que dar cabida, por derecho propio, a este «raro ejemplar» de actor, guionista, director, locutor y periodista.

Si no fuera por el inconveniente físico facial, Orson Welles sería en el mundo de hoy la reencarnación artística (a él le encantaría interpretar tal papel) de un Lord Byron de la pantalla. Como al gran poeta inglés, a éste también le gusta representar los grandes papeles que se reparten en este gran teatro. Papeles monstruosos, de tipo neroniano. (Nerón mismo ha sido otro de los grandes cómicos de la vida). Papeles para asustar al público ingenuo y vulgar.

Por encima de esto hay que ver en ellos la fuerte y arrebatadora personalidad que tienen. No hay que asustarse porque beban en calaveras el fuerte vino de la voluptuosidad. Son mentalidades aparte y, en tal «aparte», hay que considerarlas. Al fin y al cabo, su misión de grandes cómicos es esa, la de provocar la admiración, y un cine que deje pasar hoy las posibilidades de atracción, no será nunca espectáculo cuando precisamente al espectáculo hay que buscarle calidad por medio de los actores, guionistas y directores.

Todo esto lo es Orson Welles.

FANCISCO ZARCO

Se encuentran en la Secretaría del Excmo. Ayuntamiento las bases para el Concurso de trabajos periodísticos, enaltecedores de Toledo, que anualmente se vienen celebrando.

NOTAS SOBRE LIBROS

Por JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

EL PADRE, de Leopoldo de Luis.

MORTAL ETERNO, de Antonio Víctor.

En la colección «Mirto y Laurel», de Melilla, ha aparecido un libro de poemas de Leopoldo de Luis, que ostenta el premio «Escultor José María Palma», de aquella ciudad. Su título —«*El padre*»— ya despierta por sí solo el interés humano, y predispone al lector, le invita, a sentir cada una de sus páginas rodeadas de esa ausencia maravillosa que es el recuerdo, un recuerdo tan hondo que no puede latir en ninguna parte tan intensamente como en el corazón de un hijo:

«Ya sé que a nadie importa, pero es mío
este muerto...
...y mi sangre lo lleva en hondo río».

Ahí está la verdad, y el poeta la ha descubierto en su pecho para dejarla brotar, para sentirla derramarse hasta más allá de la tumba. Por eso, Leopoldo de Luis comunica con su padre a través de unos versos que sabe que han de llegar hasta él cruzando todo ese mundo desconocido:

«Madre volvió a coserte la camisa
con su hilo de paciencia y de silencio...
...María ha preparado tu café.

...Yo, junto a la ventana, en este estrecho
rincón que tú conoces,
donde entre libros sueño,
voy hablándote...»

Él insiste en recordarnos humanamente que a nadie importa su tristeza, lo sabe bien:

«Ya sé que a nadie importa
mi dolor frente a un mundo que millones de muertos
devora cada día».

Esa es precisamente la clave del poema, que arrancará muchas lágrimas a cada lector para esos «millones de muertos». El poeta ha fijado sus ojos en una lejanía que retrotrae a su hogar, porque en el padre sigue simbolizándose la fuerza, el respeto, el duro cariño que ha penetrado hasta la más honda víscera sensible del auténtico hijo, de ese hijo que ha perdido a su padre. En «*La pelea*», que es uno de nuestros poemas preferidos, el poeta «descarga» todo su amor, y en un violento arranque lírico se le caen estos versos del corazón:

«Cruelmente te callas, padre mío,
te sacudo con fuerza entre mis brazos.
Aunque te tengo sientto que huyes como un río,
que de mí te deshaces a duros aletazos.

Como contra la vida golpee contra el lecho
y te arranco estas ropas queriendo arrancar muerte,
queriendo arrancar vida contra el bosque del pecho
porque la roja rama del corazón liberte».

Y así va desarrollándose toda la obra, tan breve como profunda, tan humana como auténtica, tan maravillosa como cierta.

* *

MORTAL ETERNO es un completo ensayo filosófico que su autor, Antonio Víctor, nos presenta a grandes ráfagas poéticas. Indudablemente, existe la poesía en este libro, poesía de la mejor de nuestros tiempos, esa poesía que se escapa de los dedos y que, para gozarla, ha de agarrarse con el alma. En este libro el poeta estudia, analiza, la vida sola perdiéndose en los difíciles caminos del anhelo hasta poder encontrarla en sí mismo. Antonio Víctor siente la vida de los árboles, de las cosas que tiene delante, de todos esos seres que forman al hombre y le hacen vivir. Cuando se ha leído este libro, a veces no sabe uno qué pensar de su propio autor. En cada verso, ha sentido el poeta; en cada poema, ha pensado el filósofo. En raras ocasiones suele uno encontrar esta agradable armonía absolutamente fuera de su molde adecuado, tal como se presenta en este interesante libro de Antonio Víctor, que tranquiliza e inquieta al mismo tiempo. No puede dudarse que el movimiento poético actual sigue cargado de filosofía, y que nos es difícil separarnos totalmente de ella; pero este poeta no solamente no huye de su fuerza, sino que sale a esperarla, sale a recogerla hasta sus mismos límites, hasta sus mismas fronteras:

«La vida es un hondo devenir perpetuo
hacia una futura forma de existencia».

Todo el libro se va vertiendo por la corriente biológica del hombre, en el que el poeta pone a prueba su propio corazón a una alta temperatura ortodoxa, hasta llegar a Dios por el camino de su voz. Y los poemas, uno por uno, debidamente organizados en un «todo» existencial, afloran solos, sin el menor esfuerzo, hasta el borde del común sentir, para dejarse caer sencillamente a un leve impulso del pensamiento. Por ello, el ensayo que Antonio Víctor hace para conducirnos a sus versos, lo creo innecesario y fuera de lugar, porque entiendo que son buenos y lo suficientemente «comunicativos» para llegar solos al límite que se propone. Y «*Mortal eterno*», en contra de la afirmación de su autor, no es un término paradójico y está perfectamente definido en su más «viva» concepción ontológica, porque la paradoja, en mi entender, termina en alguna parte, y ha de ser totalmente, categóricamente infranqueable, sin caer en él tópico de que la vida es por sí misma una paradoja. Hay, no obstante, una cosa fundamental a discutir: el pensamiento cierto o incierto del autor. Para Calderón, soñamos mientras vivimos; para Shakespeare, el sueño viene después de morir; para Antonio Víctor, la muerte es un atento desconocido que nos da la mano para pasar a la otra orilla: «Comprendí que morir es un tránsito solo».

Esta es, a mi modo de ver, la tendencia poético-filosófica de Antonio Víctor, claramente contenida en estos últimos versos:

«Tu delgadez sin nombre no cabe en el vacío
de un corazón humano, Dios inmenso».

Hemos recibido las siguientes revistas:

«*Advinge*», de Jaén. «*Alcala*», de Madrid. «*Alne*», de Madrid. «*El Cobaya*», de Avila. «*Consigna*», de la Sección Femenina, Madrid. «*Gánigo*», de Santa Cruz de Tenerife. «*Malvarrosa*», de Valencia. «*Rocamador*», de Palencia. «*Uriel*», de Santo Domingo de la Calzada, Logroño.

Por primera vez, «*Constelación*», magnífica por su presentación y por el sentido renovador que impone a los temas que trata. «*Mensaje*», entregas de poesía y prosa literaria, bajo la acertada inspiración del Ilmo. Sr. D. Antonio-Carlos Vidal Isern, Cónsul de Nicaragua, en Palma de Mallorca. «*Ocio*», de Palma de Mallorca; núm. 3, Diciembre de 1954; es una revista cultural de presentación noble y con temas de arte y poesía muy bien desarrollados. «*Véritas*», de Granada; núm. 25. Revista de alta investigación teológica, en que siguiendo la tradición dominicana, se exponen temas transcendentales; son notables los dos artículos dedicados a San Agustín.



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

